

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE TARRAGONA.

Esta santa iglesia, una de las principales de España, empezó á edificarse en tiempo del insigne arzobispo San Olegario por los años de 1120. El cuerpo de la iglesia es grande y magestuoso: compónese de tres naves, cuya arquitectura puede llamarse gótica por su elevación airosa; romana, por su firmeza, solidez y nobleza; y arábiga por sus caprichosos capiteles. La nave del medio tiene de largo hasta la reja del presbiterio 389 palmas catalanes, 78 de presbiterio y 61 de ancho, siendo las dos laterales, que están llenas de excelentes capillas, algo menores, y de alto hasta el interior de la linterna hay 137 palmas.

Su fachada ó frontispicio de estilo gótico, se compone

AÑO VII.

de muchos arcos enclavados unos dentro de otros; grande claravoya encima, que recibiendo la luz del mediodía, la comunica á toda la nave principal con otras dos mas pequeñas sobre las puertas laterales. En los lados de la puerta principal y en los mismos estribos de los arcos hay dos pirámides ú obeliscos. Entre los arcos y basamentos de los obeliscos hay colocadas 22 estatuas de piedra parecidas al mármol, de la cantera de Albiol, que representan los apóstoles y profetas. La puerta principal está dividida en dos por una estatua de nuestra Señora, y sobre ella y las laterales hay bellos relieves.

El coro, en medio de la iglesia como en todas las cate-

22 de mayo de 1842.

drales de España, fue construido en 1485, y está rodeado de una rica sillería de roble de Flandes, y cerrado con una hermosa reja del lado del crucero. El órgano es una obra magnífica ejecutada en 1563, y es igualmente digno de la mayor atención el retablo mayor de bellos mármoles del principado, adornado con multitud de estatuas, relieves etc.

En el ramo de escultura, de que abunda esta catedral como todas, es excelente la estatua de mármol que hay en el sepulcro de D. Juan de Aragon, muerto en 1334: los sepulcros de los tres arzobispos, cardenal Cervantes, Don Antonio Agustin, y Sr. Terés, todos de mucho gusto y suntuosidad.

Entre las capillas, la primera y mas suntuosa es la del Sacramento, que se comunica con el cuerpo del edificio por el crucero á la parte del evangelio. En el retablo mayor de mármoles, como lo es toda la capilla, se halla colocado el tabernáculo, con columnas y frontispicio; en cuyo friso se lee *Hic Deum adora*, y á los lados se ven las estatuas de Aaron y Melchisedec. — Se ven repartidas en este retablo diferentes pinturas bastante buenas de un tal Isaac Hermes, y muchas estatuas y adornos de gusto, que abonan el de sus artífices y el del fundador de esta suntuosa obra, el sabio arzobispo D. Antonio Agustin.

Otras muchas capillas hay en esta iglesia que merecen particular atención, ya por su antigüedad, ya por su bella construcción, y que tenemos que pasar por alto, haciendo solo una sencilla indicación de la moderna y suntuosa de Santa Tecla, obra de los arzobispos Cortada y Lario, empezada en el año de 1760, rica en mármoles, y acaso exageradamente cargada de adornos.

Llama tambien la atención en este templo el magnífico baño romano de mármol que sirve de pila bautismal, y fue encontrado en las minas del palacio de los emperadores. Es bellísima pieza de 14 palmos de largo, 8 de ancho y 7 de fondo, y está en la capilla primera llamada de las Virgenes, sostenida por globos y leones.

El claustro inmediato á la catedral tiene de largo en cada uno de sus cuatro tramos 62 varas, con seis grandes arcos de medio punto, y cada uno de estos comprende dentro de sí otros tres redondos ó de punto, cuya altura es la mitad de los grandes: estos apoyan sobre columnas de una hermosa piedra en sus bases y capiteles, están llenos de ricas labores, representando cosas serias y sagradas al lado de otras caprichosas y profanas, como se ve entre otras, el gracioso entierro del gato acompañado de una turba de ratones. La arquitectura toda es árabe y arbitraria; sin embargo hacen buena perspectiva con las claraboyas que ocupan el espacio entre los apoyos de los arcos pequeños y las claras y dobelas de los grandes. Las columnitas agrupadas en los cuatro lienzos, suben á 192 de un lado y 72 por el otro, que son 298, todas de mármol extranjero, corriendo entre ellas unas verjas de fierro que cierran el jardín.

Otras muchas curiosidades se encierran en este templo y claustro, que no podemos enumerar, contentándonos con decir que en sus paredes hay varias piedras sacadas del templo de Augusto, adornadas con ricos relieves é inscripciones. Tambien se ve en el suelo un notable epitafio que dice: *Aquí yace Francisco Plaza Milanés, capitán de caballos coraces. Fue el hombre mas alto de nuestros tiempos; que su grandeza pasaba de doce palmos, y en sus hechos mostró mas bien no ser menor la de su alma. Murió de edad de 44 años, á 3 de febrero de 1641.*

SOBRE EL GANADO CABALLAR EN ESPAÑA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

En el reinado de D. Alonso X empezó la decadencia de la caballería castellana, lo que provino de que estrechándose ya por entonces los dominios de los moros por la conquista de la mayor parte de las Andalucías, la carrera de las armas ya no prometía tantas esperanzas como antes, con lo que subió extraordinariamente el precio de los caballos. Las pesadas cargas y obligaciones de los caballeros de sostener cierto número de caballos, hicieron á muchos de estos renunciar á sus privilegios para no acudir cuando eran llamados al servicio; la costumbre ya muy propagada de cabalgar en mulas, y otras mil causas promovieron la insinuada decadencia; tanto que movió á D. Enrique II á promulgar leyes relativas á su aumento, prohibiendo la estracción de caballos hasta con pena de muerte.

Estas y otras leyes no sirvieron mas que de disminuir las crias de caballos, mediante lo embarazoso de su comercio, y dar la preferencia á las de mulas que se multiplicaron cada vez mas, no obstante que se repitió la prohibición de andar en ellas, y se tasó el número de las que podían tener cierta clase de personas condecoradas, únicas á las que su uso era permitido.

Semejantes providencias produjeron algun aumento en los caballos, á lo que se añadió en tiempo de D. Juan II la inclinación de este príncipe á las justas y torneos y otros ejercicios caballerescos, no menos que al estrépito y lujo en la caza y montería, con lo cual se notó el aumento en términos que en un llamamiento general que Enrique IV dispuso para hacer una entrada en el reino de Granada, á pesar de que previno á los grandes que no llevasen mas que la quinta parte de su caballería, ascendieron los ginetes á 62, y en la guerra que á poco sostuvo el Rey católico con el de Portugal, presentó este 52 caballos y D. Fernando 122, número exorbitante á la verdad; pero por desgracia miles de causas influyeron para que muy presto se aminorase.

Con la conquista de Granada volvió á descuidarse la cria de caballos, pues con el recobro del último baluarte que los moros tenían en España, la milicia padeció gran disminución, por no presentar la guerra ningún aliciente ni atractivo, y se propagó mas y mas la cria de mulas, á pesar de las nuevas prohibiciones, creciendo por lo tanto la estracción de los caballos españoles, que por su excelencia eran del mayor aprecio para los extranjeros; y aunque Carlos V. quiso reprimir este tráfico á petición de las Cortes celebradas en 1525, tuvo que permitirle, por redundar ese comercio en gran provecho de nuestra ganadería, y despues de otras mil leyes sobre el particular, el 1562 se publicó la segunda del tit. 17 lib. 6 de la nueva Recopilación, en la que se nombraron veedores, y se prohibieron las montas de garañones en la Andalucía y algunos otros puntos, y dictaron otras providencias relativas á multiplicar los caballos y mejorar sus castas, concediendo ciertos privilegios á los dueños de 3 ó mas yeguas; pero como el cuidado de todo esto se cometía á las justicias, y se imponían cada vez mas trabas á los particulares, resultó que á pesar de tantas reglas y ordenanzas como se dieron en tiempo de Carlos V y Felipe II sobre el particular ni se multiplicaron los caballos, ni se mejoraron las castas como se apetecía.

Al principio del siglo XVI, empezaron á estilarse las literas, y esta comodidad trajo muy pronto la invención de los coches, que se propagó en los tiempos de Carlos V, aunque el 1555 todavía no eran muy comunes; mas á pe-

sar de eso, en las Cortes celebradas en aquel año ya se pidió, el que desapareciese ese medio de comodidad que para aquellos tiempos repugnaba; á causa de tenerse por un lujo escandaloso; pero no fue concedido, antes se mandó que nadie pudiese andar en ellos dentro de las ciudades, villas y lugares, sino con 4 caballos propios, queriendo así corregir la vanidad de los coches, por el medio indirecto de hacerlos mas costosos, y sacar de ella partido para el aumento de caballería; lo que se logró efectivamente, pues el capricho de mantener 4 ó 8000 caballos, que se necesitaban para 1000 ó 2000 coches, fue un grande estímulo para los criadores, mas que todas las leyes promulgadas anteriormente.

En el siglo XVII, habiéndose dado cada vez mas providencias contra el aumento de las mulas, fue tal la ojeriza que habia contra ellas, que por ese tiempo decia el famoso Navarrete, que convendría exterminar esa raza, esteril y monstruosa medida, que por fortuna no se adoptó aunque la persecucion siguió en el reinado de Carlos II, pero nunca se atinó con el verdadero medio de fomentar los caballos, á pesar de nuevas leyes que dió ese principe, y de la junta superior de caballería que creó Felipe IV el 1659, para que se ocupase de ese asunto.

El advenimiento al trono de Felipe V, y el haberse separado en su reinado nuestra Corte de su antigua política rutinera, dió un impulso á la agricultura y comercio, y así se aumentaron los caballos extraordinariamente, tanto que á fines de la guerra de sucesion, llegó á tener España cerca de 22000 hombres montados, y los coches se hicieron tan comunes, que los usaban hasta las personas menos pudientes: contribuyó tambien á esto la fundacion de las maestranzas, que obligó á sus individuos á sostener buenos caballos para las fiestas militares y justas que celebraban, y á cuidar de la conservacion de las buenas castas andaluzas.

A principio del reinado de Carlos III habia en España de fuerza militar de caballería sobre 10000 caballos; pero las mulas se habian aumentado extraordinariamente, tanto que el 1770 el conde de Aranda, presidente del Consejo, representó al Rey para su total prohibicion, así como la de las corridas de toros que llevaban tras sí la muerte de muchos caballos, y despues de muchas deliberaciones se mando que á ninguna persona de cualquier condicion que fuese, se le permitiese traer en coches ó berlinas mas de dos mulas, y si los caballos permitidos por las leyes, y en cuanto á las corridas de toros, que se prohibiesen absolutamente pasados dos años. Tambien se dispuso á poco tiempo en la planta del Consejo de guerra de 1773, que este se encargase privativamente de la direccion del ramo de Caballería.

El reinado de Carlos IV presentó nuevos desengaños sobre la ineficacia de las leyes y ordenanzas para el fomento y multiplicacion de los caballos. Ademas de la ordenanza que se formó en 1775, se publicó otra el 1789, y el 97 se creó otra junta suprema de caballería; pero todas las medidas las inutilizó la desastrosa guerra de la independencia, y las demas convulsiones políticas que se han sucedido hasta el presente, y resultando despues de tantas y tantas leyes que nuestras castas se han ido debilitando en vez de mejorar, por no haberse cruzado de tiempo en tiempo con otras de diferentes climas, como propuso á fines del reinado de Carlos III D. Pedro Pomar en una disertacion que compuso sobre los caballos españoles, citando el ejemplo de los franceses, que así lo han practicado desde el tiempo de Luis XIV, con lo que han conseguido aclimatar en su pais caballos para coches, en Normandía y castas mas bastas y fuertes para carros y otras máquinas en el Franco condado y otras partes, y para silla en el Poitu Aubergne y otros puntos, no necesitando casi las mulas,

sino para vendérmolas, fomentando así su comercio, vendiéndonos igualmente los caballos que nos faltan para el tiro, siendo ya muchos mas los caballos que se introducen que los que se estraen para el extranjero, donde los han multiplicado sin tantas reglas, ordenanzas y decretos, como aqui se han dictado sobre el particular, que no han servido sino para aumentar mas y mas las trabas para su comercio, y por consiguiente para el fomento de las ganaderías, cuyos propietarios sin esos obstáculos hubieran adelantado mucho mas en su mejora y propagacion.

N. M.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LAS GUERRILLAS ESPAÑOLAS.

No es mi ánimo, al anunciar esta materia formar un tratado militar, enumerando las ventajas de esta clase de guerra, su táctica, su organizacion, y las cualidades que deben adornar á un buen guerrillero; sino únicamente considerarlas bajo su aspecto histórico, desde los tiempos antiguos hasta nuestros dias, manifestando sus vicisitudes, y la formacion de algunas tropas ligeras de nuestra milicia.

Si hubiésemos de encontrar su origen seria preciso subir hasta la mas remota antigüedad. Las monedas llamadas *celticas*, por su inescrutable antigüedad, y algunos vestustos monumentos, representan ya á los españoles montados en pelo sobre sus caballos á manera de los *numidas*, vestidos de una ligera túnica, y armados de una pica, y á veces de un venablo ó de una hoz.

I.

Aprovechando los cartagineses las buenas cualidades guerreras de los españoles, y en especial de los *celtiberos*, los agregaron á sus ejércitos, sirviéndose de ellos en clase de tropas ligeras, para sorprender á los romanos, procurarse viveres y forrages, y fatigarlos con incesantes rebatos y escaramuzas. La descripcion que hace Tito Livio de los soldados españoles que llevó Anibal á la conquista de Italia (á los cuales llama *celtratos*, porque llevaban un escudo pequeño llamado *celtra*), prueba que aquellos hombres eran el verdadero tipo del guerrillero. Cuando fue preciso atravesar el Ródano, cuya orilla opuesta defendian los galos, vióse Anibal no poco apurado. Los soldados cartagineses fabricaban á toda prisa balsas y esquifes, al paso que los celtiberos con los brazos cruzados miraban con desprecio aquellos preparativos. Observando esto el general cartaginés, les hizo subir una jornada por la orilla del río, sin que lo viesen los enemigos, y al dia siguiente lo atravesaron á nado, sin mas precaucion que meter su escaso equipage dentro de unos odres, sobre los que colocaron sus *celtras* y sus armas, y apoyados sobre ellos, vencieron con sus brazos la corriente de aquel río impetuoso. Hecho esto, dieron de improviso contra los galos, y los pusieron en derrota, favoreciendo el desembarco de los cartagineses.

II.

Medio siglo despues vemos aparecer á Viriato, padre de los guerrilleros españoles. Las descripciones que de él nos han dejado Patérculo y Valerio Máximo le representan como un hombre rústico, pero generoso, valiente y sagaz, afable á la par que temible, dotado de grandes fuerzas corporales, y sufriendo valerosamente las privaciones consiguientes á la guerra.

Apurada su tropa en cierta ocasion trata de capitular con los romanos: Viriato se pone al frente de ella, afea sus designios, y al ver que los soldados bajaban los ojos avergonzados y corridos, manda desfilar la infantería en di-

rección á Trévola por sendas desconocidas, y entretanto él, al frente de su caballería, engaña á los romanos por espacio de dos días, baciéndoles dar mil giros, y aprovechándose al tercero de la oscuridad de la noche, marcha á reunirse con la infantería, dejando á los romanos atónitos y desorientados. *Vetilio* indaga al fin el paradero de Viriato, y se dirige á Trévola al frente de sus legiones. El guerrillero español le sale al camino, le atrae á un pantano, en donde la caballería no puede maniobrar, y la infantería romana se hunde en aquel atolladero con sus pesadas armaduras, arrojase sobre ellos con su gente armada á la ligera, y pasa á degüello 4000, incluso el general.

Seria prolijo referir sus continuas refriegas y escaramuzas durante sus siete campañas, las batallas que ganó á los romanos, y las plazas que rescató de su poder; en fin, aquella cadena de hazañas, que hubieran restituido su libertad á la nación española, si la traición no hubiera cortado sus pasos.



Guerrillero de Viriato.

Es de notar que Estrabon llamaba *latrocinios* á las guerras de montaña de los españoles, y al hablar de Viriato le califica tambien de *ladron*: quizá de aquí se derivó la opinion tan vulgarizada en los historiadores, de que Viriato era ladrón antes que guerrillero; en lo cual debieran haber andado mas circunspectos nuestros historiadores, pues lo tomaron de buena fé de los autores romanos, interesados en deprimir su memoria.

De los lusitanos dice el mismo escritor; "que eran muy á propósito para formar asechanzas; que usaban de un escudo de dos pies de diámetro, suspendido con unas correas á falta de hebillas y abrazaderas, una daga y espada. Consistía su traje en unos jubones de lino; muy pocos usaban borligas, y muchos unos tejidos de nervios, y los yelmos con tres cristas ó plumas usando tambien la infantería de borreeguies. Llevaban muchos dardos, y algunos las picas con las puntas de metal. Diodoro que conviene en esta descripción de los lusitanos la estiende á los celtiberos. Por lo demas su traje se completaba con un sayo negro, haciéndose muy notables sus espadas, por el buen temple y porque eran cortantes, á diferencia de las que usaban los galos, que solo herian de punta. Esta armadura tan sencilla, en nada perjudicaba á su lijereza, por lo cual los romanos y cartagineses les hacian servir en sus ejércitos en clase de *Velites* ó tiradores, cuyo objeto era formar en primera fila para provocar al enemigo con armas arrojadas.

Nada diré de las frecuentes guerras en que combatieron en pro y en contra de los romanos, especialmente en la Celtiberia y la Cantabria, ni de las guerras de Sertorio ni de Petreyo y Afranio, ni las hazañas de la cohorte calagurritana, á la cual confió Julio César su custodia.

Las armas de los españoles en aquella época eran ligeras. Al hablar de ellas Estrabon dice (lib. 3) "Casi todos los españoles usan en la guerra de *peltas* (adargas) y armaduras ligeras para sus *latrocinios*, como dijimos de los lusitanos, y tambien dardo, honda y espada. La infantería se mezcla con la caballería, y trepan por los montes en unos caballos tan bien enseñados, que cuando quieren les hacen arrodillar para montarse."

Y un poco despues añade: "que los españoles montaban dos en un caballo, y en llegando la ocasion de pelear se apeaba uno de ellos."

III.

Por desgracia aquel ardor bélico quedó insensiblemente estinguido bajo el pesado yugo de la dominacion romana, de modo que al invadir los bárbaros del norte la Península, apenas licieron resistencia alguna, y únicamente hay algunos detalles acerca de un ejército compuesto en su mayor parte de paisanos españoles, que á las órdenes de *Didimo* y *Vereniano* (españoles tambien), derrotaron en las vertientes del Pirineo el ejército con que venia de Francia el usurpador *Constante*.

Pocos fueron los esfuerzos que lucieron los españoles por sacudir el yugo de los bárbaros del norte, y únicamente al cabo de mucho tiempo se levantaron contra Leovigildo los vascongados y navarros, que sostuvieron la guerra por algun tiempo, con cuyo motivo edificó el rey la ciudad de Vitoria para sujetarlos.

IV.

Pero al llegar la época de la invasion de los árabes y de la restauracion de España, vemos otra vez á los españoles desplegando victoriosamente su carácter belicoso y guerrillero á las órdenes del célebre Pelayo, y combatiendo con denuedo en las gargantas y desfiladeros de Asturias contra centuplicadas fuerzas agarenas. Al mismo tiempo sobre las

crestas de los Pirineos se formaba la terrible milicia de los **almogabares** (1) terror de los musulmanes, que dominaban

la parte oriental de España, y verdadero tipo del guerrillero en su estado primitivo indisciplinado y casi salvaje.



Almogabar.

Desde esta época hasta la conquista de Granada vemos aparecer de continuo tropas improvisadas y guerrillas, y hacerse incesantemente una guerra de montaña, prescindiendo de las guerras formales, que se hacían los reyes y generales de una y otra parte. Cada señor de vasallos y cada castellano de algún fuerte de la frontera puede mirarse como un guerrillero, y sus correrías y *algaradas* son en un todo semejantes á lo que en esta última guerra se llamaban expediciones. Aquellas guerrillas se parecían también á las modernas, en que los soldados no tenían un prest ni sueldo fijo, y se batían únicamente con la esperanza del botín.

Muchos ejemplos se pudieran citar acerca de esto, y de la organización y correrías de estas partidas. Entre ellos es muy notable el suceso de D. Pedro Ahones, caballero aragonés, que habiendo levantado una muy considerable con ayuda de su hermano el arzobispo de Zaragoza, iba al frente de ella para entrar contra los moros de Valencia. Encontrólo el rey D. Jaime que acababa de hacer una tregua con ellos, y le mandó licenciar su gente. Negóse á ello Don Pedro, alegando lo mucho que le había costado el equiparla, y que no se había de volver sin hacer una *algarada*: sostuvo esto con tanto calor, que el rey se puso á reñir con él á brazo partido, y habiendo logrado escaparse, murió poco rato después á manos de los soldados de Don Jaime, batiéndose él solo como un león.

Otro de los sucesos análogos á esta materia, es la entrada de la *Ajarquia*, poco tiempo antes de la conquista de Granada.

El marqués de Cádiz se introdujo en aquellas montañas al frente de 2000 caballos y algunas compañías de á pie. En vano aquellos caballeros llenos de brio y cubiertos de brillantes armaduras hicieron prodigios de valor para salir de aquellos barrancos, en que temerariamente se habían empeñado, pues fueron vencidos por un puñado de montañeses mal armados. Vióse entonces bien á las claras lo poco que vale para esta clase de guerra el valor personal, sino va acompañado de una táctica peculiar para ella y conocimientos prácticos del país. Un autor (*Andrés Ber-*

naldez) asegura, que eran tan solo 560 los montañeses que los derrotaron, matando 800 y cogiendo 1500 prisioneros, entre ellos 400 caballeros de linaje.

Afortunadamente los españoles vengaron poco tiempo después aquella derrota á las márgenes del río *Lopera*, donde quedaron muertos ó prisioneros 1000 caballos moros y 4000 infantes. En aquella ocasión quedaron también derrotados los terribles *Gomeles*, que habían salido de Ronda, al mando de su caudillo *Hamet el Zegri*.

Eran los *Gomeles* unos ginetes oriundos de Africa, parecidos á los *Almogabares* en su fuerza y propensión al robo: gente adusta y temible, sin mas ocupacion que la guerra, sin mas deleite que la devastacion, dispuestos siempre para las *algaradas*, prontos para acometer, y veloces en su fuga, luego que habían arrebatado la presa.

V.

Durante el reinado de Carlos I y el levantamiento de las comunidades en Castilla y de las Germanías en Valencia y Mallorca, organizáronse numerosas partidas, especialmente en Valencia, y se hizo por una y otra parte una guerra de montaña, tan continua como encarnizada. Armáronse unos pueblos contra otros, y se acosaban mutuamente con rebatos, ardidés y emboscadas, batiéndose indisciplinadamente y con el mayor furor. Señaláronse en esta guerra los vecinos de Morella, por el partido del rey, y los de S. Mateo, por la Germanía.

También se levantó en Játiva un partidario llamado el *Encubierto*, porque iba siempre disfrazado con una careta. Valiéndose de varios artificios y rodeando su persona con cierto prestigio misterioso, reunió una porción de vecinos de Játiva y de los pueblos inmediatos, con los cuales hostigó de continuo á los realistas, y los venció en varios encuentros, hasta que murió en uno de ellos desastrosamente. Los labradores de la vega de Valencia se distinguieron también durante aquella época, por sus atrevidas incursiones en el maestrazgo. En casos de peligro y alarma solían reunirse al sonido de un caracol marino, y como muchas veces estas reuniones terminaban con motines y tumultos, las personas pacíficas miraban con horror aquel toque fatídico, de lo cual se conservan aun algunos vestigios y recuerdos.

(1) Véase el número 6 del Semanario de este año.

VI.

A mediados del siglo XVI, durante el reinado de Felipe II, se levantaron los de Ribagorza contra el duque de Villahermosa, conde y señor de aquel estado, á pretexto de que no se les guardaba los fueros, y echaron á trabucazos al conde y á su hijo. Pusieronse á la cabeza de la rebelion los síndicos del pais, Juan Gil y Juan de Ager: era este en extremo arrojado y temerario, de modo que se defendió por 10 años contra las tropas del Duque y del Virrey de Aragon, que le atacaron en diferentes ocasiones.

Por fin el Duque, cansado de la apatía del Virrey y ayudado por las familias de Bardaxi y de Rodrigo de Mur, señor de Pinilla, que tenia á sus órdenes una porcion de *lacayos*, gente arriesgada, armados de pedreñales, (ó trabucos) y pistoletes, sorprendió á Benavarre, y cercó á Juan de Ager en su misma casa, batiendo sus puertas con un *petardo* ó cañon de montaña. Viéndose perdido Juan de Ager, refugióse en una torre, desde donde siguió defendiéndose, hasta que se le concluyeron las municiones. Habiéndole ofrecido capitulacion, se avistó con él á nombre del Duque negándose este á presentarse como pedia Ager. Despechado este aprovechó el último tiro contra el infeliz emisario, y en seguida se precipitó de la torre.

Los ribagorzanos, viéndose perdidos, se valieron de un famoso bandolero llamado el *Millon*, que se había acreditado poco tiempo antes robando á viva fuerza 40.000 ducados de la orden de S. Juan, que iban con muy buena escolta. Levantó este mucha gente, sitió varios pueblos, y se apoderó de la villa de Graus, que era parcial del Duque, y mató en varios encuentros á los señores de Villanova y de la Laguna, que tambien lo eran.

Por parte del Duque señalóse tambien como guerrillero Luperio Latras, conocido ya desde mucho tiempo antes en aquellas montañas por su genio bullicioso y emprendedor. Habíase presentado á indulto, y fue condenado á servir en el ejército, llegando por su valor á ser capitán de arcabuceros. Pero luego que supo los tumultos de su pais, desertó del servicio desde Portugal, y vino á formar una partida, con la cual persiguió á los rebeldes, viéndose él perseguido á la vez por estos y por las tropas del Virrey, que le derrotaron en Tolva. Rehízose despues, y siguió, aunque con menos fuerzas, hasta que por fin el Duque hubo de ceder aquellos estados á la corona, haciendo una transaccion desventajosa, conociéndose entonces que el mismo gobierno había fomentado con este objeto la rebelion.

VII.

Durante el levantamiento de Cataluña en 1640, se armaron en aquel pais una multitud de guerrillas, que causaron grandes pérdidas á las tropas castellanas. Oyóse entonces resonar nuevamente la terrible voz de *via fora someten*, que convocaba los paisanos á las armas, grito terrible casi olvidado en Cataluña, desde que tomaron las armas á favor del príncipe de Viana, haciendo vacilar la corona de Aragon sobre la cabeza del rey D. Juan II su padre.

Reunidos los somatenes, cayeron sobre las tropas acuarteladas en el principado. Su primer víctima fue D. Fernand Cleriños, que salió de Blanes con 400 caballos andaluces; pero intimidado por el aspecto hostil del pais, fue pasado á cuchillo con casi toda su gente: sus caballos y armamento sirvieron mucho á los catalanes. Al mismo tiempo se armaron multitud de tercios por cuenta de los pueblos, y en Barcelona los gremios se equiparon á sus espes-

sas. Entre ellos era muy notable el de santa Eulalia, que llevaba el pendon de la santa, el cual salió guiado por un conseller de Barcelona, á guarnecer á Tarragona. Cuando el general francés Espenán (que estaba tambien dentro de ella con su caballería francesa) rindió esta plaza al Marqués de los Velez, el tercio de Santa Eulalia no quiso admitir la capitulacion, y burlando la vigilancia de los sitiadores y de los franceses, logró escaparse con su estandarte, y llegar á Barcelona.

Tambien figuraron en aquella época varias partidas de *almogabares*, ó bien porque tomasen aquella denominacion arbitrariamente, ó bien porque fuesen algun residuo de aquella célebre milicia. Otros partidarios tomaron el título de *migueletes* á imitacion de una célebre que hubo en tiempo del rey católico, durante las guerras de Nápoles, mandada por un tal *Miguelot* de Prats, que se hizo memorable por sus hazañas y crueldades. Las partidas mas célebres de migueletes en aquella guerra, fueron las de Cabañas y Casellas, que estaban hácia Cherta, y recorrían las márgenes del Ebro.

Entre los muchos guerrilleros de aquella época merece particular mencion D. José Margarit, que emboscado en las fraguras de Monserrat salia de allí para sorprender á los castellanos, que sitiaban á Barcelona. Mientras el Marqués de los Velez estaba sobre Martorell, Margarit se dirigió sigilosamente hácia Tarragona, y llegando á sus inmediaciones, se apoderó de *Constanti* y su castillo, pasando á degüello su guarnicion y 400 soldados castellanos que habia en el hospital, reforzando su partida, ya barto numerosa, con 300 catalanes que habia allí prisioneros.

Cuarenta años despues durante las guerras con Francia en tiempo de Carlos II (1689), principiaron á crearse en Aragon y Cataluña varias partidas sueltas de gente del pais, con el título tambien de *migueletes*, y en Aragon de *miñones* (mozos), nombre que se daba entonces á los guardas de bosques y caminos. Por mucho tiempo no tuvieron un reglamento particular, ni mas uniforme que el traje del pais. Su armamento consistia en una carabina ó fusil recortado, armado con una bayoneta en forma de cuchillo, una pistola ó dos al cinto, un frasco para la polvora y un mazo de cuerda para sujetar los presos. Posteriormente se les confió la persecucion de malhechores, con cuyo objeto subsisten hasta el presente.



Miguelete catalan.

1689.

Viendo los franceses los muchos servicios que prestaban estas partidas al ejército español, formaron en el Rosellon (que había dejado de pertenecer á España desde la guerra anterior) 100 compañías sueltas de gente del país, para oponerlas á las españolas, dándolas el nombre de *fusileros de montaña*. Su traje y armamento venia á ser como el de los *migueletes*: llevaban un jubon encarnado, casaca de paño pardo y gorro azul de lana: usaban escopetas, y evolucionaban como ellos al sonido de una bocina ó de un caracol marino abierto por abajo.



VIII.

Al principiar la guerra de sucesion, se creó en el campo de S. Roque el año 1705 una compañía titulada *escopeteros de Getares*, con motivo de la toma de Gibraltar.

En aquella época principió á desarrollarse en toda su estension el genio guerrillero de los españoles, especialmente en Cataluña, donde los paisanos estaban avezados ya á la guerra, con motivo de la que habían hecho medio siglo antes contra las tropas de Felipe IV y los franceses. Entre ellos fueron famosos *Nebot* y *Dalmau*, que llegaron á reunir hasta 3000 voluntarios, título que se daba ya entonces á los guerrilleros. El año 1712 cuando el ejército de Felipe V sitiaba á Barcelona, salieron con su gente, y cometieron tales atropellos, que al volver derrotados á la ciudad, faltó poco para que el pueblo los hiciese pedazos.

En Aragón se hizo tambien célebre *Antonio Grau*, que se levantó en el alto Aragón, apoderándose de *Benavarre*, y dominando todo aquel país de modo, que puso 2000 hombres á disposicion del Archiduque.

Igualmente se levantaron numerosas guerrillas en Valencia hasta el punto, de que habiendo el caballero *Asfeld* sitiado á Denia, los guerrilleros le sitiaron á él en su campamento y le obligaron á huir, dejando en su poder los 4 cañones que llevaba. El mas célebre en aquel país, era un

catalan de tierra de Tortosa, llamado *Francisco Pereira*, cabecilla de los voluntarios de Alcoy, que fue cogido y ahorcado por las tropas del Rey Felipe, despues de la capitulacion de aquella plaza.

Por parte del rey Felipe se levantaron tambien varios guerrilleros en Castilla, durante la permanencia de los imperiales en Madrid. Entre ellos fueron muy señalados *Vallejo* y *Bracamonte*, que con dos partidas de caballería, recorrían las márgenes del Tajo y las inmediaciones de Madrid, interceptando los viveres de los imperiales, y teniendo al general *Stanhop* casi incomunicado en la corte con el resto de su ejército.

Posteriormente, habiendo sido trasladados á Cataluña con sus partidas, prestaron grandes servicios contra los *somatenes*, durante el sitio de Barcelona; y en especial *Bracamonte* (*D. Feliciano*), que derrotó á *Nebot* en las inmediaciones de *Tarrasa*. Poco tiempo despues derrotó igualmente 500 voluntarios, que habían desembarcado en *Mataró* y reunido hasta 1800 hombres, con los cuales se habían apoderado de *Arens de Mar*, y cortado las comunicaciones á los sitiadores de Barcelona.

Luego que las tropas de Felipe V se apoderaron de Barcelona, mandó el rey que se formasen varias compañías con los naturales del país, que le habían sido adictos, para perseguir los foragidos, que aun había por las montañas. Verificóse el año 1717, y se denominaron *escuadras de Cataluña*, con cuyo título subsisten hasta el dia. Con el mismo objeto se crearon algo despues en Valencia las compañías tituladas de *escopeteros*, y otras dos en Andalucía con la misma denominacion, residiendo la una en Granada y la otra en Sevilla. A fines del siglo pasado se creó tambien otra en Castilla, la nueva con 100 infantes y 30 caballos, para perseguir á los contrabandistas, y proteger las márgenes del Tajo y sitios reales.



Mozos de escuadra de Cataluña.

(Se conclurá.)

V. DE LA F.

POESIA.

A MI AMANTE.

Tranquila ayer la existencia
porque el vivir ignoraba,
¡cuán bella se deslizaba
en sueños de bendición!
tranquilas eran las horas
llenas de amor y cariño,
que una existencia de niño
es una dulce ilusión.

Hoy vendido el pudor, rasgado el velo
que ocultó aquella edad placida y santa,
una imagen fantástica del suelo,
como una aparición de ignoto cielo
á apagar su inocencia se levanta.

Allá en la sombra de la noche oscura,
yo la contemplo en éxtasis divino,
como una gloria de pasión futura
origen del placer;

y entre tinieblas solitaria viene
á herir con su atractivo misterioso
el alma que un momento se detiene
absorta en su poder.

Acaso creadora fantasía
le dió nombre mundano en sus cantares,
y ella radiante cual la luz del día
celestial se mostró.

Y la turba de imbeciles que amaron
hasta saciar el dañador deseo,
una virgen belleza contemplaron
que el ruego desoyó.

Apagada esa lámpara del mundo
muertos los hombres en tranquilo sueño,
yo un sentimiento de pasión profundo
la vengo á consagrar.

Que allá en su soledad, morada santa
como un ángel jamás adivinado,
entre nubes de aroma se levanta
sobre ignorado altar.

Allí la ofrenda de mi amor profano
tal vez recibe en la plegaria oscura
que un pensamiento aunque indecible, humano,
encierra en mi oración,
acaso el voto de mi amante ruego
traspasa los espacios terrenales,
y espira allí con abrasante fuego
su voz de compasión.

Ah! yo te pido que el piadoso acento
no desoigas, visión, si eres mujer,
mi suplica de amor pídelo al viento
que él guarda los mensajes del querer.

Y tan hermosa te admiré embebido
que bendigo mil veces tal sonar,
si no has de parecer, tenme dormido,
que no quiero sin verte despertar.

.....
Era una forma, celeste, angélica,
rubio el cabello, blanco el color,
labios carmíneos, la frente pálida,
triste sonrisa de oculto amor.

Ojos azules vertiendo lágrimas,
llanto dulcísimo, puro, ideal,
diadema orlada de flores candidas,
galas de nieve, rosa y coral.

De blanco lino ligera túnica,
flotando al viento, perdida en él,
cantares dulces de rubios ángeles,
beldades púdicas del trono aquel.

De talle esbelto, figura lánguida
huyendo el mundo, su amor, su afán,
porque es del mundo futura víctima,
y sus placeres con ella están.

Ven á otro espacio solitario y triste,
allí el calor del encendido cielo
será la única luz que en este suelo
alumbrará nuestra inmortal pasión.

Perdidos en el lúgubre silencio,
lleno de amor y de misterios lleno,
otro mundo mas cándido y sereno
un asilo nos dá de bendición.

Allí hay jardines y frescura y flores,
y palacios gigantes en las rocas,
y canticos de alegres ruiseñores,
y praderas inmensas hay también;

Y grutas de colosos homicidas
que entre horrores albergan amores,
y montañas de piedra derruidas
que el poder de los siglos dicen bien.

Allí hay limpios cristales en las aguas,
y vistosos plumajes en las aves,
y armonías fantásticas y suaves
que aduermen de la vida el sinsabor;

Y apacibles colores en el cielo,
y aromas que embalsaman los ambientes,
y azulado matices transparentes
que vagan de la tierra en derredor.

Nosotros, de aquel mundo habitantes,
buscaremos delicias en su seno,
delicias de pudor casto y ameno,
que dilaten su opiparo placer;

Y entre el ramaje verde y oloroso,
codiciando una dicha placentera,
bajo un dosel de sauce y de palmera
olvidaremos el funesto ayer.

Tal vez allí del Criador la vida
se esconde del inmenso torbellino,
tal vez allí su celestial destino
trueca por el de misero mortal.

Entonces condenando á eterno olvido
nuestro origen vulgar, triste y mundano,
nos prestará su omnipotente sueño
gigante prenda de amistad señal.

Ven conmigo, visión de mis amores,
dulce imagen de dulces estravios,
los rayos de este mundo son impios,
como á impía allí la maldición.

Desconocidos en remotos suelos,
respirando un ambiente bendecido,
un firmamento de delicia enchido
nos ofrece benéfica mansion.

.....
Mas ah! que mis cantares son fantasmas,
de la misera tierra que habitamos,
triste sed de ilusión que aquí anhelamos,
fascina nuestra mente y nuestro amor.

Yo te amaré, mujer, en este mundo,
y perdona el afán que al alma inquieta,
son mágicos delirios de un poeta
que comprende un cariño abrasador.

M. URRABIETA.

ADVERTENCIA.

El jueves 12 y el 19 se han repartido á los señores suscritores las entregas 10.^a y 11.^a (2.^a y 3.^a del tomo 3.^o), de la obra titulada ESCENAS MATRITENSES, por el *Curioso Parlante*, que comprenden los artículos siguientes:

El día de toros.—El duelo se despiden en la iglesia.—El cesante.—El alquiler de un cuarto.—El romanticismo y los románticos.—Hablemos de mi pleito.—La almoneda.—El coche simon.—La bolsa.—Acompañan dos láminas á los artículos de *El día de toros*, y *El coche simon*.

Continúa abierta la suscripción á esta obra (que quedará terminada en junio) en las librerías de Cuesta, &c.